

Alicia

En el País de las Maravillas

Alicia empezaba a estar harta de seguir tanto rato sentada en la orilla, junto a su hermana, sin hacer nada: una o dos veces se había asomado al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía ilustraciones ni diálogos, "¿y de qué sirve un libro -pensó Alicia- si no tiene ilustraciones ni diálogos?".

Así que estaba considerando (como mejor podía, pues el intenso calor la hacía sentir muy torpe y adormilada) si la delicia de tejer una guirnalda de margaritas le compensaría de la molestia de incorporarse y recoger las flores, cuando de pronto un Conejo Blanco de ojos rosados pasó velozmente a su lado.

Nada extraordinario había en todo esto, ni siquiera le pareció nada extraño oír que el Conejo se dijera a sí mismo: "¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar!" (cuando después pensó en el asunto, se sorprendió de que no le hubiera maravillado, pero entonces ya todo le resultaba perfectamente natural). Sin embargo, cuando el Conejo, sin más, se sacó un reloj del bolsillo del chaleco, y lo miró y apuró el paso, Alicia se levantó de un brinco porque de pronto comprendió que jamás había visto un conejo con chaleco y con un reloj en su interior. Y ardiendo de curiosidad, corrió a campo traviesa detrás de él, justo a tiempo de ver cómo se colaba por una gran madriguera que había bajo un seto.

Allí se metió Alicia al instante, tras él, sin pensar ni por un solo momento cómo se las ingeniaría para volver a salir.

Por un trecho, la madriguera seguía recta como un túnel, y luego, de repente, se hundía; tan de repente que Alicia no tuvo ni un instante para pensar en detenerse, sino que se vio cayendo por lo que parecía ser un pozo muy profundo. [...] Abajo, abajo, abajo. ¿Es que nunca iba a terminar de caer? [...]

Sintió que se dormía y había empezado a soñar que iba de la mano de Dina [su gata] y le preguntaba muy seria: "Ahora Dina, dime la verdad: ¿te has comido alguna vez un murciélago?", cuando de pronto ¡bum!, ¡bum! Fue a dar sobre un montón de ramas y hojas secas. El descenso había concluido.

Alicia no se hizo el menor daño, y al instante, de un salto, se incorporó: miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro; ante ella se abrió otro largo pasadizo y aún vio al Conejo Blanco que se internaba apresuradamente. No había tiempo que perder: allá fue Alicia, como el viento, y llegó a tiempo de oírle decir mientras desaparecía por una esquina: "¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se me está haciendo!". Lo tenía casi a un paso, pero cuando ella a su vez dobló la esquina, el Conejo ya se había esfumado.

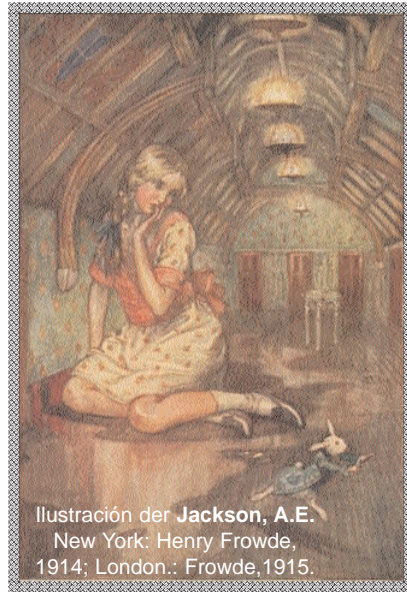
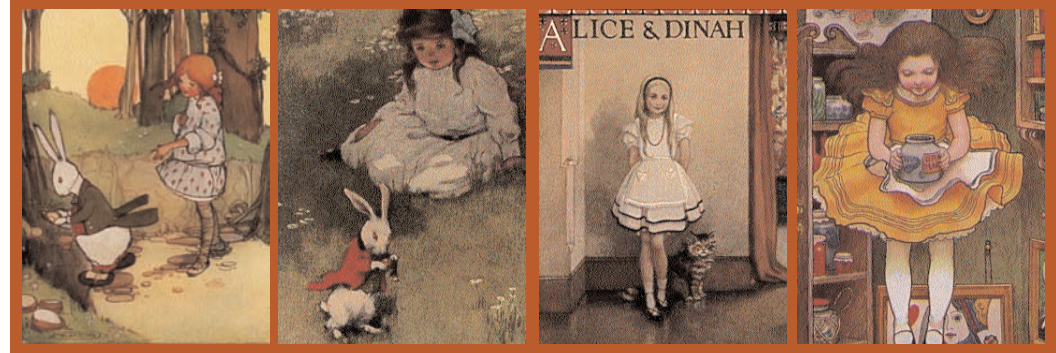


Ilustración de **Jackson, A.E.**
New York: Henry Frowde,
1914; London.: Frowde, 1915.

Carroll, Lewis: *Alicia en el País de las Maravillas*
Vivens-Vives, Barcelona, 2003 (páginas 5-8)
Signatura de la Biblioteca: 82.j-CAR-ali



Attwell, Mabel Lucie
London: Raphael Tuck
& Sons, Ltd., 1910.

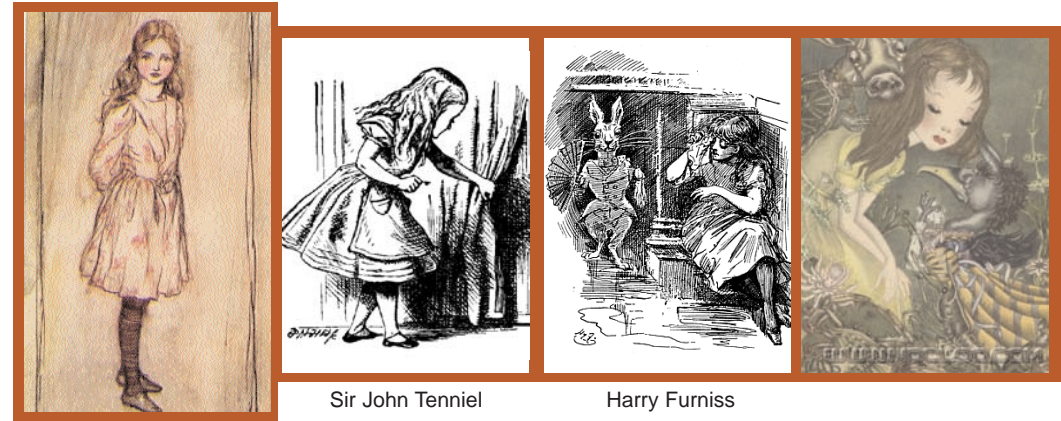
Gutmann, Bessie
Pease. New York:
Dodge, 1907.

Hudson, Gwynedd M.
London: Hodder, 1922;
New York: Dodd, 1922.

Kirk, Maria L. New
York: Stokes, 1904.

Rackham, Arthur.
London: William
Heinemann, 1907.

Alicia ha sido uno de los personajes literarios que más dedicación ha recibido por parte de los ilustradores. Aquí tenéis unos ejemplos de las Alicias vistas por los dibujantes.



Sir John Tenniel

Harry Furniss

Aunque Lewis Carroll es conocido principalmente por *Alicia en el País de las Maravillas*, escribió, además de una segunda parte de las aventuras de este personaje -*Alicia a través del espejo*-, otros relatos:

